

# *Contradicciones de la época formativa de los Estados Unidos de América*

Marzena MIODUSZEWSKA  
Universidad Complutense de Madrid

La larga lucha revolucionaria por la independencia de los Estados Unidos, emprendida en 1776, supuso un profundo cambio en el orden de vida establecido en las colonias británicas. El impacto del fenómeno revolucionario dio lugar a un golpe de timón, tanto en el rumbo de la vida política como en el, hasta entonces, lento y relativamente apacible discurrir de la sociedad y cultura coloniales; de modo que bien podría hablarse, en estos momentos, del nacimiento de una nueva nación<sup>1</sup>.

El conflicto con la metrópoli dio impulso a las fuerzas activas de la sociedad. A partir de este momento —como observó David Ramsay en 1789— los americanos comienzan a pensar y a actuar de una manera muy diferente a la que habían estado acostumbrados<sup>2</sup>.

Pero la emancipación en el campo de la política, e incluso en el de la economía, no es suficiente para poder establecer la independencia cultural, ya que ésta se alimenta de estratos mucho más profundos y complejos que los propios de los aspectos políticos o económicos.

Sin duda alguna, la Revolución Americana supuso mucho más que una guerra por la independencia colonial, aunque, a pesar de todo, dejara sin respuesta inmediata a las utópicas esperanzas que muchos americanos de la época depositaron en las últimas décadas del siglo XVIII. Se pensaba que

---

<sup>1</sup> Russel B. NYE: *The Cultural Life of the New Nation 1766-1830*. Harper and Brothers, Nueva York, 1960, p. 3.

<sup>2</sup> David RAMSAY: *The History of the American Revolution*. Philadelphia, 1789, II, p. 316, citado por Joseph J. ELLIS: *After the Revolution: Profiles of Early American Culture*. W. W. Norton and Company, Nueva York, 1979, p. X.

la Revolución haría desaparecer los lastres coloniales, permitiendo aflorar un incipiente germen nacional, catalizador de las amplias reservas de energías subyacentes en la sociedad americana. En efecto, se creía que la separación de los intereses políticos americanos de la arbitrariedad de Inglaterra, junto con los logros revolucionarios en el campo social, convertirían a América en un foco de atención mundial político y cultural de primer orden.

Así, era moneda corriente la idea según la cual los principios liberales en el campo económico y social, traerían consigo, ineludible e inminentemente, el poético y parnasiano reino de las musas. En este sentido Berkeley afirmaba que los imperios y las artes florecían a la vez<sup>3</sup>; por su parte, Brackenridge y Freneau suponían que la «naciente gloria» de América incidiría tanto en la economía como en la cultura.

Cabe señalar, en la línea apuntada, que para un americano del siglo XVIII la política, el desarrollo económico, las artes y la demografía, constituían los elementos de una misma estructura social. Por lo tanto, la existencia de una cultura floreciente o la prosperidad económica eran síntomas de buena salud política y de bienestar social. En otras palabras, la creatividad artística y la productividad económica eran consecuencias naturales del mismo proceso liberador<sup>4</sup> y de condiciones políticas liberales.

En el marco de la época, las continuas referencias a Atenas, Roma, la Italia renacentista y la Inglaterra de Shakespeare servían como ejemplo de las eras pretéritas<sup>5</sup>.

Entre las constantes de la mitología americana podemos mencionar las profecías sobre el futuro imperio capaz de perpetuar la virtud y generar medios de desarrollo capaces de superar los límites continentales<sup>6</sup>, la visión de América como «nación redentora» y la constatación de su determinada misión milenaria<sup>7</sup>.

De este modo, llegó a generalizarse la creencia, según la cual la América revolucionaria estaba al borde de una explosión cultural. La esperanza de los americanos se basaba en un conjunto de suposiciones que posibilitaba el fenómeno apuntado: el poder de la libertad individual<sup>8</sup>, la liberación de

<sup>3</sup> J. G. A. POCOCK: *The Machiavellian Moment: Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition*. Princeton University Press, Princeton, 1975, p. 511.

<sup>4</sup> Joseph J. ELLIS, 1979, p. 29.

<sup>5</sup> Joseph J. ELLIS, 1979, p. 24.

<sup>6</sup> Véase Henry Nash SMITH: *Virgin Land: The American West as Symbol and Myth*. Harvard University Press, Cambridge, Mass, 1950, Capítulo XII.

<sup>7</sup> Véase especialmente dos estudios al respecto de Ernest Lee TUVESON: *The Redeemer Nation: The Idea of America's Millennial Role*. University of Chicago Press, Chicago, 1968, así como *Millennium and Utopia: A Study in the Background of the Idea of Progress*. University of California Press, Berkeley, Los Angeles, 1949.

<sup>8</sup> Joseph J. ELLIS, 1979, p. X.

las ataduras tradicionales y la influencia de los nuevos valores liberales, que paulatinamente impregnaban muchas de las esferas de la vida en el Nuevo Mundo.

Si a todo esto le añadimos la muy extendida fe en el progreso, constataremos que para un americano de finales del siglo XVIII todos estos elementos encajaban perfectamente y que ninguna de las expectativas anteriormente mencionadas le resultaba excesiva<sup>9</sup>. En efecto, la fe en el progreso<sup>10</sup>, apoyada en los pilares de la Ilustración, esto es, el racionalismo y la certeza de la perfectibilidad del hombre, gozó de gran predicamento en la sociedad americana.

Los grandes «experimentos» políticos llevados a cabo en 1776 y 1787 en tierras americanas parecían demostrar que el hombre puede mejorar las instituciones o crear unas nuevas, gracias a su intelecto y esfuerzo continuo. No existían límites ni fronteras en esta decidida marcha hacia la perfección. Pocos se atrevían a poner barreras a las posibilidades de la razón humana<sup>11</sup>.

Las ideas de Voltaire, Diderot, Holbach y Helvetius gozaron de gran popularidad y difusión en el Nuevo Mundo, ya que los americanos necesitaban aplicar un sistema racional a su proceso de creación de una sociedad y estado nuevos. Se pensaba que la etapa siguiente consistía en aplicar el esquema mecanicista y racional a tales ámbitos como gobierno, educación, ética, ciencias, etcétera.

Por esta razón, se creía que la Independencia y la Constitución americanas no eran otra cosa que etapas muy importantes en el camino de la humanidad hacia un mundo mejor.

Durante la época revolucionaria y post-revolucionaria, los antiguos moldes de pensamiento, forjados a lo largo del siglo XVII, se hallaban en continuo cambio y desarrollo. El siglo XVIII aportó orden y síntesis a los logros del siglo anterior, lo cual —a su vez— se reflejó en el sentimiento de satisfacción, bienestar y optimismo de la Ilustración.

En los comienzos del siglo XIX, la idea del progreso se convirtió en principio vital en los Estados Unidos. El progreso era algo accesible, real y al alcance de todos; algo posible gracias al esfuerzo individual y colectivo<sup>12</sup>. Los americanos creían que todo era mejorable y que el progreso se

---

<sup>9</sup> Leon HOWARD: «The Late Eighteenth Century: An Age of Contradictions», en Harry H. CLARK (ed.): *Transitions in American Literary History*. Duke University Press, Durham, N. C., 1953, p. 75.

<sup>10</sup> Russel B. NYE: *This Almost Chosen People, Essays in the History of American Ideas*. Michigan State University Press, East Lansing, 1966, p. 8.

<sup>11</sup> Russel B. NYE, 1960, p. 3. *Ibid.*, p. 20.

<sup>12</sup> Leon HOWARD, 1953, p. 76; M. F. HEISER, 1953, p. 97.

podía acelerar a través de un instrumento como, por ejemplo, el gobierno<sup>13</sup>.

De la misma manera, los avances de las ciencias, la investigación<sup>14</sup> y la educación demostraban que el progreso era una realidad y no tan sólo una abstracción filosófica como lo era para un europeo de esta época<sup>15</sup>.

## NACIONALISMO

La independencia de las trece colonias británicas significó mucho más que la formal consecución de la soberanía en el campo político. La paulatina separación de intereses y lazos coloniales respecto de la metrópoli permitió disminuir los influjos conservadores de Inglaterra sobre el germen de la nueva nación. La mentalidad colonial se convertía gradualmente en una nueva; se puede hablar de cada vez mayores intereses nacionales.

El incipiente nacionalismo americano, activado de una manera importante por las confrontaciones pre-bélicas, así como por el propio conflicto armado, se convirtió en uno de los factores más relevantes para el desarrollo de ideas e instituciones forjadas paralelamente a la Declaración de la Independencia<sup>16</sup>.

Desde los comienzos del «gran experimento» nacional<sup>17</sup>, se percibían declaraciones que expresaban la esperanza depositada en la aparición de otra gran «edad de oro» en la historia de la humanidad. La nueva nación tenía que demostrar su originalidad a través del éxito en la fundación de una nueva civilización, con su correspondiente época de esplendor en las artes y las letras<sup>18</sup>.

No obstante, el camino por recorrer era largo. La primera generación post-revolucionaria esperaba ser testigo presencial de las «glorias de América» y quedó muy decepcionada cuando este futuro esperanzador no se materializó. El nacionalismo americano tenía que afrontar un arduo y con-

<sup>13</sup> James MADISON: «Federalist Paper N.º 55», en *The Federalist*. Harvard University Press, Cambridge, Mass, 1966.

<sup>14</sup> Cabe señalar el impacto de los descubrimientos de Newton, base y fundamento de otras «leyes naturales» experimentadas y explicadas a lo largo del siglo XVIII.

<sup>15</sup> Russel B. NYE: *Society and Culture in America, 1830-1860*. Harper and Row, Nueva York, 1974, p. 30; Leon HOWARD, 1953, p. 76.

<sup>16</sup> Russel B. NYE, 1960, p. 3.

<sup>17</sup> Benjamin T. SPENCER: *The Quest for Nationality: An American Literary Campaign*. Syracuse University Press, Syracuse, Nueva York, 1957, pp. 22-72. Véase igualmente Robert E. SPILLER (ed.): *The American Literary Revolution, 1783-1837*. Doubleday, Garden City, Nueva York, 1967, pp. 3-105.

<sup>18</sup> Linda K. KERBER: *Federalists in Dissent: Imagery and Ideology in Jeffersonian America*. Cornell University Press, Ithaca, 1970, p. 3.

tinuo debate con las fuerzas hostiles<sup>19</sup>. La evolución de la conciencia nacionalista requirió muchos cambios de actitud hasta que se pudo hablar finalmente de la aparición de una tradición común<sup>20</sup>, por encima de los sentimientos e intereses locales o regionales<sup>21</sup>.

De todas formas, varios autores parecen coincidir en la afirmación según la cual no se puede hablar de nacionalismo en su forma desarrollada y madura hasta después del Tratado de Gante a finales de 1814, que pone fin a la Guerra de 1812<sup>22</sup>.

## REACCION CONSERVADORA

No obstante, contra toda esta corriente sumamente prometedora que acabamos de describir y que podríamos resumir en los siguientes puntos: fe en el progreso, mesianismo del pueblo americano e incipiente conciencia nacionalista, fluía poderosamente otra, cuya presencia paralizaba el desarrollo de la vida intelectual en el país.

Así, desde la última década del siglo XVIII hasta 1810, e incluso hasta 1820 se puede hablar de una reacción conservadora, como resultado de los excesos revolucionarios cometidos en Francia y de la repercusión de los mismos en Europa<sup>23</sup>. Con el estallido de la Revolución Francesa las simpatías de los americanos (aunque divididas) parecían estar generalmente del lado de los revolucionarios<sup>24</sup>, cuyos intentos de derrocar la tiranía podían considerarse tanto la continuación de los logros americanos como la justifi-

<sup>19</sup> Marcus CUNLIFFE: *The Nation Takes Shape, 1789-1837*. The University of Chicago Press, Chicago, 1959, p. 136. Véase especialmente «Nationalism and Sectionalism».

<sup>20</sup> Hans KOHN: *American Nationalism*. The Macmillan Company, Nueva York, 1957, resulta bastante útil en esta tarea.

<sup>21</sup> Peter D. HALL: *The Organization of American Culture, 1700-1900: Private Institutions, Elites and the Origins of American Nationality*. University Press, Nueva York, 1982, Prefacio.

<sup>22</sup> George DANGERFIELD: *The Awakening of American Nationalism, 1815-1828*. Harper and Row, Nueva York, 1965, p. 4. También Ralph H. GABRIEL: *The Course of American Democratic Thought*. Ronald Press Company, Nueva York, 1940, pp. 78-80; Linda K. KERBER, 1970, p. 3, y Robert E. SPILLER, 1981, pp. 60-61.

<sup>23</sup> William L. HEDGES: «Washington Irving: Nonsense, The Fat of the Land and the Dream of Indolence», en Matthew BRUCCOLI (ed.): *The Chief Glory of Every People: Essays On Classic American Writers*. Southern Illinois University Press, 1973, pp. 143-144.

<sup>24</sup> Leon HOWARD: «The Late Eighteenth Century: An Age of Contradictions», en Harry H. CLARK (ed.): *Transitions in American Literary History*, p. 57, recoge la actitud de los americanos durante los comienzos de la Revolución Francesa, basándose en Charles D. HAZEN: *Contemporary American Opinion of the French Revolution*. Baltimore, 1897, p. XVI.

cación de los principios expresados en la Declaración de la Independencia<sup>25</sup>.

Sin embargo, la aparición de *Reflections on the Revolution in France* de Edmund Burke, en 1790, cambió el enfoque inicial sobre la Revolución. Las opiniones conservadoras encontraban más adeptos cada día; y aunque las respuestas de Thomas Paine y Joel Barlow no se hicieron esperar<sup>26</sup> —e, incluso, hasta cierto punto, podemos considerarlas como representativas del sentimiento humanitario que prevalecía en aquella época—, con el advenimiento del Terror en Francia, el mundo atlántico se mostró decidido a olvidarse de los defensores de la revolución. Al libro de Burke le siguieron otros tantos que presentaban la Revolución Francesa como un conflicto violento entre la multitud vulgar y «las otras clases» más sensibles.

Por ello, cuando estalló el Terror, cuando los reyes fueron decapitados y los emigrados relataron los horrores de la guillotina y de la sed de sangre que se extendió por todo el país, el enfoque humanitario perdió todo su interés<sup>27</sup>. La reacción ante los horrores de la Revolución Francesa concitó todos los temores que podían perturbar la mente de un americano de la época, esto es, las teorías calvinistas sobre la maldad inherente a la naturaleza humana, los recuerdos de la violencia popular, tan comunes durante la Revolución Americana y los difíciles años que la siguieron.

Como resultado de estos reprobables acontecimientos, se puede apreciar un retroceso en la evolución intelectual de la sociedad; ya que no se pensaba en la raza humana como grupo de individuos con ciertas características y cualidades inherentes a su condición, sino como masa, multitud, turba o facciones deshumanizadas.

En los albores del nuevo siglo, el temor a la anarquía, así como al ateísmo y radicalismo, se apoderó de la vida intelectual y pensamientos americanos, convirtiéndose finalmente en una total desconfianza hacia las ideas nuevas<sup>28</sup>. Como reacción, la cultura «oficial» trataba de justificarse recuperando los valores establecidos y las «verdades eternas».

Los escritos de los republicanos fueron considerados como peligrosas fantasías innovadoras y creaciones de «filósofos visionarios» de la oposición. Los sermones del conservador, Timothy Dwight<sup>29</sup>, en tanto que rector de Yale College, son un buen ejemplo de la primera etapa de la reacción con-

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 58. Russel B. NYE, 1960, p. 238.

<sup>26</sup> Nos referimos a *Rights of Man* de Thomas Paine publicado en 1791 y *Advice to the Privileged Orders in the Several States of Europe, Resulting from the Necessity and Propriety of a General Revolution in the Principle of Government* de Joel Barlow aparecido en 1792-1793.

<sup>27</sup> Russel B. NYE, 1960, p. 238.

<sup>28</sup> Leon HOWARD, 1953, p. 63. Véase igualmente M. F. HEISER, 1953, p. 109.

<sup>29</sup> Timothy DWIGHT: *The True Means of Establishing Public Happiness* (New Haven, 1795) y *The Nature, and Danger of Infidel Philosophy* (New Haven, 1798).

servadora. No obstante, estas manifestaciones se pueden considerar moderadas en comparación con los extremos a los que llegaron algunos políticos y círculos religiosos de Nueva Inglaterra<sup>30</sup> en los últimos años del siglo con la histérica reacción provocada por las influencias de los Illuminati. Era muy común, en la época, representar al «filósofo» como el genuino defensor del ateísmo, comunismo y amor libre. Con razón, Thomas Jefferson, tanto en su condición de «filósofo», como de líder de la facción republicana, difícilmente pudo escapar a este tipo de críticas.

A modo de conclusión podría decirse que en el fondo de las declaraciones, críticas y denuncias en contra de las artes, cultura y nuevas ideas se hallaba el temor conservador a la libertad (concepto que tanto atraía a otros individuos de la época) y el desprecio por los valores liberales de la naciente sociedad capitalista<sup>31</sup>.

Por lo tanto, como podemos observar, temor y exaltación, preocupación y alegría eran las respuestas paralelas y contrapuestas a los mismos impulsos sociales; las dos caras de la misma moneda histórica.

## CONTEXTO SOCIAL

Pero, ¿cuál era el legado de la Revolución en relación al contexto social específico de las tierras americanas?

Jackson Turner Main<sup>32</sup>, en su extenso y detallado estudio sobre la estructura social americana en la época formativa, nos aporta datos de gran interés.

En efecto, y de acuerdo con el citado autor, entre los logros más significativos de la Revolución en este campo se pueden mencionar los siguientes: el desplazamiento de los «ricos leales» o, lo que es lo mismo, la desaparición de una alta clase social «impuesta», hecho que permitió la aparición de una estructura social más democrática, con una importante nivelación social y una, cada vez menor, relevancia de los títulos aristocráticos.

En el período estudiado, 1763-1788, la estructura de clases tenía el carácter predominantemente medio; en otras palabras, el poder político de los agricultores y artesanos creció considerablemente.

El sentimiento de prosperidad general, junto con el espíritu de igualdad

---

<sup>30</sup> Para poder apreciar el ambiente intelectual de la época en Nueva Inglaterra resulta útil, Van Wyck BROOKS: *The World of Washington Irving*. E. P. Dutton and Co., Nueva York, 1944, especialmente capítulo III dedicado a Nueva Inglaterra.

<sup>31</sup> Joseph J. ELLIS, 1979, p. 31.

<sup>32</sup> Jackson Turner MAIN: *The Social Structure of Revolutionary America*. Princeton University Press, Princeton, N. J., 1965.

(resultado de la alta movilidad social, económica y geográfica existentes) permitieron minimizar los conflictos que podrían haber surgido como consecuencia de la estructura social y de la concentración de la riqueza en determinados estratos sociales.

En efecto, en los recién independizados Estados Unidos, la pertenencia a una clase social no dependía del linaje sino de la propiedad y estima social. Claramente, puede constatarse que —en líneas generales— la sociedad americana era más abierta y dinámica que la europea, presentando una mayor movilidad vertical, y permitiendo un más fácil acceso, tanto a la élite urbana como a la rural. La pertenencia a la clase baja suponía un status temporal y pasajero para la inmensa mayoría de los americanos, y no un estigma indeleble, fenómeno común en tierras europeas.

Las diferencias de clase en América, durante el período que nos ocupa, eran mucho menos relevantes que en Europa<sup>33</sup>. Y, aunque, evidentemente, existían diferencias sociales<sup>34</sup>, económicas y, por consiguiente, culturales; éstas no impedían que la estructura social pudiera definirse como democrática y relativamente homogénea (sin clases)<sup>35</sup>, traduciendo, de esta manera, el ideal americano de «igualdad de oportunidades».

En resumidas cuentas, puede observarse que el antiguo orden colonial fue gradualmente reemplazado por otro nuevo, desarrollado en base a nuevas circunstancias económicas que dejaron, lógicamente, su impronta en aquellos aspectos de índole sociocultural.

## LAS CONTRADICCIONES DE LA EPOCA FORMATIVA

Las primeras décadas de la historia de los Estados Unidos independientes constituyen el período más complejo de la historia intelectual y literaria de América<sup>36</sup>; se trata de una época contradictoria, llena de hostilidades y confusión, época, en suma, de crisis prolongada.

Evidentemente, la transición iniciada en 1776 suponía un tiempo de adaptación. No se podía, sin más, cambiar de inmediato el «antiguo orden de las cosas». La herencia colonial pesaba demasiado en la nueva sociedad cuya evolución era muy compleja y presentaba, a menudo, líneas de división poco claras entre el espíritu «conservador» y la «nueva experiencia demo-

---

<sup>33</sup> Marcus CUNLIFFE, 1959, p. 176; Jackson T. MAIN, 1965, p. 284.

<sup>34</sup> Marcus CUNLIFFE, 1959, p. 150.

<sup>35</sup> Jackson T. MAIN, 1965, p. 270; Marcus CUNLIFFE, 1959, p. 168.

<sup>36</sup> Linda K. KERBER, 1970, p. VIII, denomina este período como «intelectualmente traumático»; Marcus CUNLIFFE, 1959, p. 81 y Leon HOWARD, 1953, p. 51 corroboran esta idea.



crática». En este sentido, las esferas de actividad se hallaban poco definidas y en continuo cambio<sup>37</sup>.

Como hemos podido observar, las transformaciones sociales en la época post-revolucionaria dieron lugar a presiones que influyeron en amplias capas de la sociedad. La inseguridad y preocupación en América eran consecuencia tanto de la novedad del «experimento político» en el Nuevo Mundo como de los ecos de los acontecimientos revolucionarios franceses.

Quizá, el fenómeno más específicamente americano de esta época lo constituya, no ya la aparición de determinadas características concretas y permanentes, sino la existencia de una peculiar y continua tensión entre fuerzas contrapuestas.

Por estas razones, no resulta excesivamente difícil comprender las dificultades que encontraron los norteamericanos para compatibilizar la herencia colonial con las realidades y exigencias cotidianas que planteaba la construcción de la nueva nación. De hecho, a lo largo de nuestro análisis de las corrientes sociales e intelectuales, nos encontramos con múltiples ejemplos de americanos aferrados a creencias diversas y a menudo, antitéticas al mismo tiempo. Así, por ejemplo, se aplaudía la aparición de autores y artistas con una identidad cultural propia pero, al mismo tiempo, se recomendaba precaución ante el poder seductor de novelas y producciones artísticas en general<sup>38</sup>. Igualmente, a la vez que se celebraba y reconocía el derecho de los americanos a pensar y crear libremente, se lamentaba, sin embargo, la pérdida de la estabilidad y valores tradicionales. En el mismo orden de cosas, se denunciaban las restricciones a la libertad individual, pero se ponía el acento en la necesidad de que los artistas produjeran obras que reforzaran los usos y costumbres de la vida pública; por último, se reivindicaba una sencillez republicana reclamando, a la vez, la llegada del dorado esplendor ateniense a las tierras americanas<sup>39</sup>.

En la línea apuntada, bien podía constatarse la existencia de un ambiente de hostilidad generalizada hacia los fenómenos artísticos y literarios asociados con un proceso de degeneración contrapuesto a la línea de progreso elegida por la nueva nación. Un importante sector de la opinión pública americana identificó las artes como un «veneno peligroso» para la supervivencia de la nueva república. Asimismo, la doctrina puritana, bien afianzada en las tierras americanas para aquel entonces, emitía furibundas críticas, no ya a las artes y letras *per se*, sino al ambiente social que acompañaba

---

<sup>37</sup> Marcus CUNLIFFE, 1959, p. 2.

<sup>38</sup> Cabe recordar la conocida respuesta de John Adams ante la inmigración de franceses en 1800; según él, la llegada de poetas, músicos y pintores galos podría «infectar» la saludable sociedad republicana.

<sup>39</sup> Joseph J. ELLIS, 1979, pp. 36-37.

y propiciaba el desarrollo de éstas. En este sentido, la proliferación de artistas, poetas y dramaturgos se consideraba como un claro síntoma de *decadencia e inminente derrumbamiento de la sociedad*.

Por último, la ideología republicana que dio cuerpo a las respuestas de los colonos a la política británica en los años precedentes a la Revolución, y más tarde, a los debates políticos internos de la nueva nación durante varias décadas, fomentó una actividad cautelosa tanto en lo concerniente a la libertad individual, como en lo referente a las artes y las letras. Los principios republicanos, basados, en gran parte, en la idea de «*virtú*»<sup>40</sup>, formaban parte de una visión global del mundo, pudiendo ser considerados como una réplica secularizada de los tradicionales valores puritanos.

La ideología republicana, enfocada desde esta perspectiva, permitía alcanzar dos objetivos fundamentales: en primer lugar, la crítica a la sociedad inglesa y a su gobierno tachado de corrupto, falto de virtud y adicto al lujo, y, por lo tanto, muy alejado de los ideales de la nueva nación y de su cultura republicana<sup>41</sup>; en segundo lugar, el énfasis puesto en la libertad ordenada y disciplinada, siempre circunscrita a las obligaciones cívicas impuestas por la virtud pública.

Vistas desde esta óptica, las artes y las letras parecían, al gran público, sospechosas, por ser ocupaciones superfluas que distraían la mente, en un momento en el que los asuntos de la nación requerían toda la atención y esfuerzo intelectual. Por otra parte, las «*bellas artes*» constituían un desafío a la virtud pública porque destruían el fundamento moral del ideal republicano.

Los valores de la tradición liberal y libertad personal<sup>42</sup> establecidos por la Revolución Americana como estandartes para las generaciones venideras nos podrían llevar a la conclusión de que se trataba de actitudes que prevalecían en aquella época. Y, sin embargo, no fue así; de hecho, la ideología republicana, que dominaba los debates públicos durante los años de la crisis post-revolucionaria, forjó una manera de pensar que se oponía a la corriente de los acontecimientos históricos, por cuanto idealizaba los valores tradicionales en detrimento de los liberales:

«La Revolución Americana miró hacia adelante y hacia atrás al mismo tiempo. El liberalismo constituyó la ola del futuro. El republicanismo, sin embargo, se

---

<sup>40</sup> Véase J. G. A. POCKOCK: *The Machiavellian Moment: Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition*, especialmente «The Americanization of Virtue», pp. 506-552.

<sup>41</sup> Howard Mumford JONES: *O Strange New World, American Culture: The Formative Years*. The Viking Press, Nueva York, 1952, p. 313.

<sup>42</sup> Joseph J. ELLIS, 1979, p. 34.

basó en una constelación de actitudes propias de los pequeños y autosuficientes pueblos agrícolas del pasado, donde reinaba el ideal de armonía comunal, los estímulos económicos característicos de una sociedad más dinámica y liberada todavía no se habían materializado y la libertad individual estaba subordinada a las demandas del orden social. El republicanismo idealizaba los valores de un mundo que se desvanecía. Se trataba de una ideología nostálgica y evocadora, apoyada en supuestos fundamentalmente antitéticos en relación con las condiciones del mercado y de la mentalidad liberal que emergían en la América prerrevolucionaria. En el lenguaje de los estudiosos de la sociedad, éste no fue tan sólo "premoderno", sino "antimoderno"» (traducción de la autora)<sup>43</sup>.

En efecto, varios autores<sup>44</sup> suscriben la opinión de que la fuerza y permanencia de los valores tradicionales y actitudes coloniales en relación con los conceptos de trabajo, libertad o prosperidad, encontraron terreno muy bien abonado en el Nuevo Mundo, dadas las circunstancias del nacimiento de los Estados Unidos<sup>45</sup>.

En cierto modo, está claro que las ideas tradicionales, por muy obsoletas y anacrónicas que pudieran parecer a algunos, no se podían desplazar de inmediato; sobre todo, dada la función patriótica que habían desempeñado durante la guerra de la independencia. Por otra parte, tampoco los importantes cambios económicos o demográficos podían amenazar la existencia de actitudes y modos de pensar que dominaron la sociedad colonial durante más de un siglo y medio y, bien puede decirse, que éstos permanecieron como sustrato en los hábitos y costumbres de la mayoría de la población americana.

Así, pues, en los Estados Unidos de la época que ocupa nuestro estudio, se produjo un fenómeno, quizá muy frecuente en similares circunstancias: los defensores de las antiguas y veneradas convicciones intensificaron su compromiso con el tradicional orden de las cosas e hicieron todo lo posible para hacer sus creencias más duraderas.

La compleja configuración de fuerzas económicas, y actitudes sociales y políticas<sup>46</sup>, fenómeno que caracterizó a la sociedad americana durante esta

---

<sup>43</sup> *Ibíd.*

<sup>44</sup> J. G. A. POCOCK, 1975, dedica su estudio a demostrar la tesis que los valores y conceptos de la época en cuestión fueron decididamente «pre-modernos». Véase igualmente J. E. CROWLEY: *This Sheba, Self: The Conceptualization of Economic Life in Eighteenth-Century America*. Johns Hopkins, Baltimore, 1974. También Marcus CUNLIFFE, 1959, p. 185.

<sup>45</sup> J. G. A. POCOCK, 1975, p. 467.

<sup>46</sup> Russel B. NYE, 1960, p. 19. Véase igualmente: Clinton ROSSITER: *Seedtime of the Republic*. Harcourt, Brace, Nueva York, 1953, pp. 370-375; Leon HOWARD, 1953, pp. 54-55, 60-61; J. G. A. POCOCK, 1975, p. VIII.

época, contribuyó, sin duda, a que pueda ser denominada como época de transición<sup>47</sup> o formativa<sup>48</sup>.

El debate sobre el papel de la cultura en la nueva nación constituye una manifestación más del choque entre las actitudes que prevalecían en el entorno y aquéllas novedosas que se iban introduciendo paulatinamente. Resulta bastante fácil, pues, entender, la existencia de múltiples paradojas, controversias y antagonismos que, en definitiva, permiten definir la época referida como contradictoria<sup>49</sup>.

Si bien es cierto que los procesos históricos están en continuo movimiento, las transformaciones que sufrió América en este medio siglo fueron especialmente significativas, ya que se modificaron los valores e instituciones de una manera fundamental. En este concepto histórico se aprecia la habilidad de adaptación de los antiguos hábitos a las nuevas circunstancias, así como la capacidad de integración, tanto de las actitudes tradicionales como de las liberales. Y, aunque ello pueda parecer paradójico, las contradicciones apuntadas forjaron el carácter especial de la época formativa de los Estados Unidos de América.

---

<sup>47</sup> Joseph J. ELLIS, 1979, p. 35 aporta igualmente los términos de «post-tradicional» o «pre-industrial» para completar la definición; aunque ninguno de ellos le parece exacto, dada la complejidad de la época.

<sup>48</sup> Marcus CUNLIFFE, 1959, pp. 183-184. Véase igualmente Howard Mumford JONES, 1952, pp. 327-328.

<sup>49</sup> Russel B. NYE, 1960, p. 9.